

Chilango



LA
CIUDAD
DE LAS
CIUDADES

DESCARGALA EN VERSION DIGITAL

Google Play

App Store

7 503030 039383

\$47 M. VENTA EXCLUSIVA A MAYORES DE EDAD



LA CIUDAD DE LAS CIUDADES

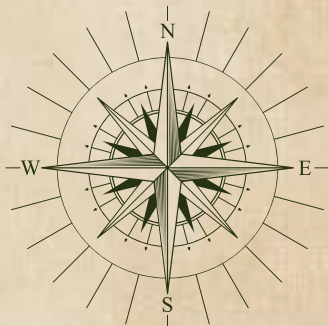
Una ciudad. Muchas ciudades. Historias y realidades de los territorios que hemos desarrollado hasta convertirnos en lxs chilangxs que somos. Habitantes de Tenochtitlan, de la ciudad más grande del mundo. Del Defectuoso, como muchas de las cosas hechas a la mexicana: defectuosas pero funcionales, una ciudad en la que todas las cosas pueden repararse con cinta canela. El D. F., Chilangolandia, la ciudad de los palacios, la extinta ciudad lacustre. Habitantes de la ciudad monstruo, como le dicen quienes todavía se espantan con ella. Aquí vivimos y cabemos todxs. Descúbrase y prepárese para zarpar en un viaje por la historia de la muy noble, insigne, leal e imperial Ciudad de México.

Por **Isaac Torres**
Mapa ilustrado **Romina Rivera**

La Ciudad de México está compuesta por muchas ciudades. Cada alcaldía puede considerarse una ciudad por sí sola. Solo Iztapalapa tiene más habitantes que todo Barcelona; tanto Ámsterdam como Brujas son del tamaño de la Cuauhtémoc y la Venustiano Carranza juntas, y si sumamos las poblaciones de Berlín, Roma y Madrid, apenas equivaldrían a los 9 millones de chilangxs que habitan en los límites políticos de la capital. En la Zona Metropolitana del Valle de México, juntxs y revueltxs, somos más de 21 millones de almas.

Concebir a la Ciudad de México sin pensar en los municipios que la rodean es como creer que las raíces de un árbol son ajenas a sus frutos. La CDMX, reconocida como entidad federal autónoma en enero de 2016, comprende 16 demarcaciones territoriales (llamadas recientemente alcaldías) y una extensión de poco menos de mil 500 kilómetros cuadrados; sin embargo, quienes la habitamos y circulamos a diario por ella es probable que nunca terminemos de conocerla.

Ubicada entre las 10 capitales más grandes del mundo, el ex DF, Chilangolandia o la capirucha es un complejo rompecabezas urbano integrado por muchos territorios con identidad propia, distintas capas de significados, hitos arquitectónicos y patrimoniales y una historia de más de siete siglos. Una auténtica ciudad de ciudades.



De la región más transparente del aire a la ciudad más grande del mundo

En 1917 Alfonso Reyes acuñó la frase “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire” como epígrafe de su ensayo *Visión de Anáhuac* (1919) para describir aquel paisaje que se mostró frente a los ojos de los conquistadores en el siglo XVI. En 1951, el autor se parafrasea en *Palinodia del polvo*: “¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi valle metafísico? ¿Por qué se empaña, por qué se amarillece?”.

El paisaje perdido de Reyes está cubierto de la contaminación y el polvo bajo el que se engrasa la pesada maquinaria que mueve al otrora Distrito Federal. Y precisamente a mitad del siglo XX esta ciudad duplica por primera vez su tamaño. Una mezcla de factores encadenados produce un crecimiento exponencial, entre los que destacan el milagro mexicano, el paso de una ciudad industrial a una ciudad de servicios y la visión modernista de la planificación urbana.

El hacedor de ciudades



Mario Pani fue un arquitecto mexicano formado en París, artífice del modernismo mexicano y quizá el arquitecto con más proyectos de alto impacto construidos en la capital, muchos de ellos convertidos hoy en hitos urbanos y patrimonio cultural y arquitectónico de la Ciudad de México. Le obsesionaban el orden urbano y las posibilidades de moldear el diseño y el modo de habitar.

En la visión progresista y planificadora de Mario Pani, esta ciudad arrastraba con dos eternos males que promovían su crecimiento desordenado. El primero era la migración progresiva de campesinos a la ciudad, que se instalaban en tierras donde nadie había querido vivir antes, creando colonias con fuertes rezagos urbanos. El segundo, la especulación urbana como negocio, en la que un señor cambia un ejido o un rancho para hacer un fraccionamiento sin considerar su integración racional con la ciudad.

Para revertir estos “males”, Pani proponía combinar dos esquemas: prever y corregir. La *acción dentro de la ciudad* es prever el crecimiento desordenado hacia las afueras, criterio con el que plantea el desarrollo de la Ciudad Universitaria (1952) y la Ciudad Satélite (1954). Estas ciudades tenían como propósito funcionar como territorios descentralizados, con una vida propia de ciudad, y regular la mancha urbana.

La *ciudad dentro de la ciudad* se pone en práctica al “corregir” los errores de la ciudad reconstruyendo o regenerando. Bajo esta segunda premisa se desarrolla Ciudad Tlatelolco. Definido por el arquitecto como una herradura de tugurios, el perímetro del Centro Histórico en sus límites oriente y norte debía ser destruido para levantar una nueva ciudad con torres de departamentos, un urbanismo de *tabula rasa* e higienista.

Siguiendo este principio, Pani comenzó a sembrar pequeñas ciudades por distintos territorios, dentro y fuera del entramado urbano, a las que llamaba centros urbanos o multifamiliares.

Entre 1947 y 1964 surgen en la ciudad el Centro Urbano Presidente Alemán en la colonia Del Valle (1947), el Multifamiliar Presidente Juárez en la Roma (1952), el Centro Urbano Nonoalco Tlatelolco (1964), y hacia las afueras del núcleo urbano central la Unidad Modelo (1959), la Unidad Habitacional Bancomer (1956) y la Unidad Kennedy (1964) en la zona oriente; la Unidad Santa Fe (1952) y la Unidad Plateros (1965) hacia el poniente, y la Unidad Lindavista Vallejo (1965) hacia el norte.

Pero Pani se olvidó de que la ciudad es un organismo vivo que crece y se expande por todas partes, sin importar si el terreno es barranca, cerro, meseta o pantano. Una nueva ciudad trae consigo nuevas periferias, y si hoy la ciudad tiene un límite definido, el día de mañana ese límite ya no será más y la ciudad habrá crecido hacia arriba y hacia adelante.

Para cuando Pani pudo ver su obra completa, la ciudad ya se había desparado hacia otros lados. Las megaobras de Ciudad Universitaria, el Periférico, el Estadio Azteca, la infraestructura olímpica para 1968 y las primeras tres líneas del Metro trajeron consigo una considerable fuerza de trabajo de distintas regiones que le agarró cariño al D. F. y ya no quiso regresar a sus pueblos de origen, ensanchando el terreno de la metrópoli.

“Voy en el Metro, qué grandote, rapidote, qué limpiote”

La mejor forma de entender cómo funciona una ciudad es observar detenidamente su plano del Metro y, en el caso de la Ciudad de México, también podemos entender parte de su evolución. Por ejemplo, en 1967, cuando se inició su construcción, aún no era tan requerido viajar hasta Iztapalapa o Tláhuac, pero 50 años después fue absolutamente necesario.

Al Metro le tocó nacer cuando la ciudad ya lo venía necesitando con urgencia. La primera línea conectó a la ciudad color de rosa en un eje oriente-poniente. Al aeropuerto internacional con el Bosque de Chapultepec y a la moderna Merced con la cosmopolita Zona Rosa. Años después la consolidación urbana del Arenal y Ciudad Neza al oriente, y de las urbanizaciones en las barrancas y cerros de Álvaro Obregón, obligarían al Metro a extender su ramal a Zaragoza y luego a Pantitlán y Observatorio, respectivamente.

La segunda línea estaba pensada desde la época de Moctezuma, pero en los 70 apenas, conectando el corazón de Tenochtitlan con Taxqueña al sur y con Tacuba al poniente, siguiendo la traza de las viejas calzadas prehispánicas de Tlalpan y Tacuba.

La tercera línea llegó poquito después, conectando el monumental Tlatelolco con el Centro Médico Nacional. Siguió creciendo paulatinamente durante una década, uniéndolo al norte con el sur en un trayecto de media hora de Indios Verdes a Ciudad Universitaria.



De regreso a los 80

Entre 1981 y 1987 se construyeron las líneas 4, 5, 6 y 7, cuyo propósito era generar una cadena de conexiones entre norte, poniente y oriente, promoviendo la movilidad de colonias y unidades habitacionales que surgieron en el proceso de desindustrialización de varias zonas de Miguel Hidalgo, Azcapotzalco, Venustiano Carranza y Gustavo A. Madero.

Paradójicamente, la expulsión de la industria pesada del Distrito Federal en los años 50 detonó el surgimiento de una franja industrial en los municipios de Ecatepec y Tlalnepantla, donde surgieron urbanizaciones precarias que paulatinamente se fusionaron con colonias limítrofes de las alcaldías Gustavo A. Madero y Azcapotzalco, creando corredores urbanos que rebasaron por mucho las capacidades de transporte que el Metro intentaba brindar. Para cuando concluyeron las obras de las líneas 4, 5, 6 y 7, la ciudad ya estaba muy fuera de su alcance.

También en los 80 el ex D. F. adquiere la aterradora denominación de *mancha urbana* y se experimentan las primeras contingencias ambientales y de saturación masiva de transporte. Se nos repite constantemente que “gota a gota el agua se agota” y se anticipan futuras crisis. El sismo de 1985 cumple la profecía: la ciudad central se destruye y ocurre un nuevo éxodo hacia la periferia.

La línea rosa del Metro colapsa por primera vez y es necesario construirle un *backup*. Así nace la línea 9, que lleva la misma trayectoria pero a través de otra vía, conectando a la ciudad de oriente a poniente, sumando a la Ciudad Deportiva en el trayecto. Más adelante, esta línea será fundamental para mover a las hordas de melómanos que cada semana asisten a conciertos masivos y festivales en el Foro Sol y el Palacio de los Deportes.

Una ciudad dividida no es una ciudad

En los inicios de los 90 era evidente que la franja oriente de la ciudad había crecido a un tamaño que nunca imaginaron los urbanistas de la era dorada. Escasamente atendido por el auge moderno, el oriente es testimonio abierto de cómo esta ciudad se dividió en dos, como si la calzada de Tlalpan hubiese sido nuestro Muro de Berlín.

El poniente progresista, moderno y de autor, donde los estilos arquitectónicos saltan a la vista unos tras otros. El oriente de la voluntad humana, construido con la base popular y la arquitectura de la imaginación y la autoconstrucción, sinónimo de perseverancia y resistencia. Dos ciudades que se unen para hacer la gran ciudad porque una ciudad dividida no es una ciudad sino dos.

Diversos organismos creados desde los años cuarenta promovieron la creación de vivienda social y la autoconstrucción, como el INDECO y el FONAHPO. Con la llegada del Infonavit (1972) se desarrollaron múltiples conjuntos de vivienda social en la franja oriente y hacia la década de los 90 tuvo su último impulso constructivo. El pliegue urbano invisible entre Nezahualcóyotl e Iztapalapa consolidó uno de los territorios más poblados del planeta. Se inició la construcción de la línea A como una prolongación del camino hacia el oriente de la línea 9 y unos años después se construyó la línea 8, que trajo a los Ángeles Azules de Iztapalapa a Garibaldi.

A fin de milenio la ciudad ya se extendía hacia todos sus bordes y se desparramaba como el monstruo que es. Se hablaba de unos bosques en Aragón y una Ciudad Azteca. Y entonces, donde ya había ciudad era necesario que hubiera Metro. Así apareció la línea B, conectando al Estado de México con la Ciudad de México. Luego vinieron los metrobuses como una solución más ortopédica que quirúrgica. Ya en el siglo XXI y siguiendo la penosa desecación de la ciudad lacustre, Tláhuac se volvió el nuevo límite y el Metro llegó hasta ahí. En el ya ni tan nuevo milenio, el sueño moderno de un metro flotante llegó con los cablebuses, trayendo la movilidad integrada hasta los cerros, adonde también llegó el concreto. ¿Hacia dónde tendría que llegar el Metro en la siguiente década?

FOTO MARCOS BETTANZOS



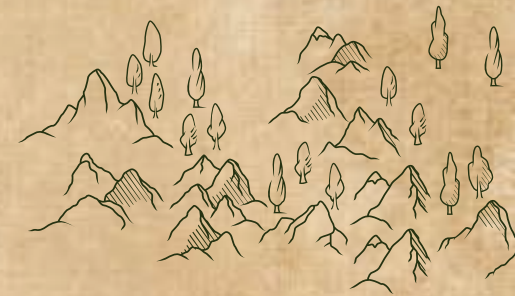
La ciudad monstruo

En México todo es grande y sobrecargado. Como el pozole con carne, chiles, verduras, tostadas, chicharrón, huevo y sardina, la torta cubana a la que le falta pan y le sobra carne o la licuachela de más de un litro con gomitas y camarones. En México nos gusta romper récords Guinness, ya sea con una torta gigante, una clase de box masiva o una marcha zombie. Todo lo hacemos masivo y en versión XL.

Así más o menos es como le dimos forma en un siglo a una ciudad que creció hasta ser zona metropolitana y a la que hoy le duele todo. Las llamadas zonas metropolitanas fueron conceptualizadas en Estados Unidos hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando ciudades como Nueva York y Chicago comenzaron a aglutinar distintas regiones administrativas bajo un mismo sistema urbano.

Un amplio coctel de motivos fueron los causantes de que esta ciudad pasara de talla regular a *oversize* en tan solo un par de décadas, fenómeno urbano recurrente en los llamados países del tercer mundo, cuyo denominador común es la migración del campo a la ciudad en busca de oportunidades económicas y de desarrollo social, que luego dieron lugar a un urbanismo como motín político, en el que se intercambian tierras y servicios por votos.

En 1990 la Ciudad de México recibió el título de “la ciudad más grande del mundo” cuando llegó al primer puesto en población, según la ONU por encima de Tokio, São Paulo y Nueva York, lo que no necesariamente es para sentir orgullo, pues todos padecemos lo que implica vivir en una ciudad sobrepoblada. Pese a eso, a la gente le provocaba emoción decir que vivía en la ciudad más grande del mundo, como cuando las abuelitas argumentan que un niño obeso es un niño bien alimentado.



La profecía del nuevo milenio

Para el año 2000 la Ciudad de México había experimentado un proceso de emancipación política y participación ciudadana. Pasó de ser una ciudad-Estado a ser una ciudad democrática. Las lecciones de autoorganización y autogobierno de damnificados del sismo (y de la vida) durante las últimas décadas convirtieron a esta ciudad en la más politizada del país. Apareció en la escena un personaje político que 18 años más tarde sería presidente y bajo su dirección la ciudad experimentó una nueva política de desarrollo urbano conocida como Bando 2.

Este controvertido instrumento político, que entró en operación en 2000, proponía contener la expansión de la mancha urbana y contrarrestar los efectos del crecimiento desmedido hacia la periferia de la ciudad, prohibiendo la construcción de nuevos edificios y unidades habitacionales fuera de los límites de la ciudad central.

De esta forma el desarrollo urbano, y sobre todo de vivienda social, se concentró en las delegaciones Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Miguel Hidalgo y Benito Juárez. Se construyeron y rehabilitaron numerosos conjuntos habitacionales con el argumento de redensificar el centro de la ciudad y aprovechar al máximo la infraestructura urbana de la ciudad central.

El Bando 2 fue derogado en el siguiente sexenio, pero la labor de regeneración de la ciudad central ya había iniciado y la especulación inmobiliaria hizo de las suyas, aprovechando la densificación para cambiar el paisaje económico, social y arquitectónico de la capital en la siguiente década. El proyecto de regresar la ciudad central a las clases populares hubo de coexistir con nuevos proyectos urbanos, plazas comerciales, torres corporativas y viviendas de lujo, iniciando el proceso de gentrificación que acontece en todas las ciudades centrales con alto potencial turístico y de servicios.

El esfuerzo del Bando 2 por detener la expansión de la mancha urbana impactó en los procesos de regeneración de la ciudad central; sin embargo, no contuvo del todo el crecimiento poblacional de las delegaciones del sur, con el ejemplo de Tláhuac, que se consolidó como una nueva zona urbana.

Hacia el extremo norte el desarrollo de las ciudades Bicentenario y la burbuja inmobiliaria del Estado de México contribuyeron a incrementar la extensión de la zona metropolitana, haciendo la mancha urbana mucho más grande, y quedaron lejos de su propósito retórico de ser ciudades sustentables para el nuevo milenio.

El futuro de una zona metropolitana es convertirse en megalópolis, sistemas de ciudades unidas entre sí por corredores comerciales, sistemas de transporte masivo y flujos de población flotante. En un futuro no muy lejano, la Zona Metropolitana del Valle de México se convertirá en la megalópolis que unirá las ciudades de Querétaro, Cuernavaca, Puebla, Toluca y Pachuca, con sus respectivos territorios intermedios.

Tenemos una Ciudad Deportiva, una Ciudad Universitaria, una Ciudad Satélite y una Ciudad Nezahualcóyotl. Un sinfín de microciudades contenidas en unidades habitacionales que se encienden como luces de navidad a lo largo y ancho de la mancha urbana. Tenemos también una ciudad subterránea de túneles y trenes que conectan estas diferentes ciudades en un abrir y cerrar de ojos.

Megalópolis, ciudad de ciudades, entramado urbano, lugar sin límites. La ciudad empieza donde se ve el cemento y acaba donde termina el cemento. Y allá donde no hay cemento todavía, algún día habrá ciudad.

CAPITAL SIN MAR, PERO CON MUCHOS PUERTOS

Algunas capitales en Latinoamérica comparten una historia urbana común: fueron tierras con salida al mar que sirvieron como punto de acceso para los navíos de expedicionarios que conquistaron aquellas tierras y en ellas se fundaron nuevas ciudades. Así nacieron Río de Janeiro, Lima y Buenos Aires. Pero en México no ocurrió así. La capital de la Nueva España se asentó a casi 500 kilómetros del mar. Con el tiempo hubo que construir muchos puertos para desfogar los ríos de gente que vinieron a habitar esta cuenca.

- Tren Suburbano a Buenavista
- La TAPO
- Autobuses del Norte
- Central Camionera del Sur
- Aeropuerto Internacional Benito Juárez
- Metro Pantitlán
- Metro Cuatro Caminos
- Metro Indios Verdes
- Metro Santa Martha
- Metro Observatorio
- Metro Tacubaya
- Metro Ciudad Azteca
- Metro Taxqueña
- Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles

FOTO: BALAM-HA CARRILLO



CIUDADES DENTRO DE LA CIUDAD

Concebidas para contener, regenerar, expandir a la gran ciudad.

CIUDAD UNIVERSITARIA

Los universitarios poseían su propio barrio justo en el corazón de la ciudad, pero a mediados de siglo ya no cabían y fue necesario construirles una ciudad propia. El sitio elegido fue el pedregal de San Ángel, donde se proyectó la edificación de un campus universitario que se convertiría en el máximo manifiesto de la arquitectura moderna mexicana. Los directores de tan ambicioso plan fueron los arquitectos Mario Pani y Enrique del Moral y el diseño urbano corrió a cargo de tres estudiantes de la Facultad de Arquitectura. Inició su construcción en 1949, fue inaugurada en 1952 y ocupada en su totalidad en 1954. Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO desde 2007.

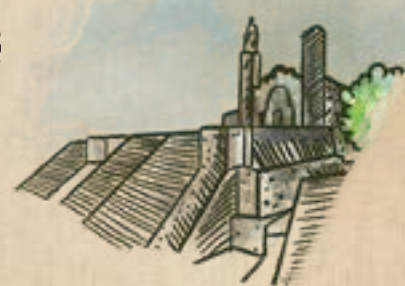


CIUDAD NEZAHUALCÓYOTL

De las desecadas aguas del lago de Texcoco, en 1963 surgió una nueva urbanización cuyo guía espiritual fue el antiguo Rey Poeta. Contemporánea a su antagónica Ciudad Satélite, Neza fue una ciudad que fue creciendo en el borde oriente del D. F. de forma reticular y progresiva. Tuvo su origen hacia la década de los 40, con la ocupación de muchas familias migrantes que se asentaron en la zona en busca de oportunidades que la moderna ciudad del milagro mexicano prometía. Luego vino la lotificación y la venta especulativa. Neza es la ciudad de la voluntad colectiva, pues fue erigida y urbanizada por las manos de una comunidad, como muchas zonas de la Ciudad de México. Alcanzó su estatus de Municipio en 1963 y extendió sus límites hasta Aragón, concentrando más de un millón de personas. Ser de Neza es motivo de orgullo para la mayoría de sus habitantes. Todos conocemos a alguien de Neza, aunque quizá no lo sepamos. Neza ha tenido un alto índice migratorio hacia Estados Unidos, por lo que está profundamente hermanada con la cultura chicana y es uno de los territorios donde la cultura del hip hop y el grafiti han construido sus más grandes bastiones.

LAS TIERRAS DEL NORTE (CIUDAD TLATELOLCO)

El último altépetl fue el escenario de la masacre indígena del 13 de agosto de 1521 durante la última batalla de la conquista a manos de las tropas de Hernán Cortés. Cuauhtémoc (águila que cae) fue preso en tierras tlatelolcas y las ruinas de la segunda ciudad más importante del valle de Anáhuac fueron cubiertas por un templo católico dedicado a la memoria de Santiago Apóstol, construido con las mismas piedras de los antiguos adoratorios de Tláloc y Huitzilopochtli. El barrio adoptó el nombre de Nonoalco y con el tiempo se convirtió en el traspatio de la ciudad central, que en su auge moderno trajo los trenes a la ciudad. Nonoalco fue el patio de maniobras y sus territorios, la ciudad de la miseria retratada por Luis Buñuel en *Los olvidados* (1950). Sobre los vestigios de aquella modernidad rezagada, la nueva modernidad trajo consigo un sinnúmero de torres de concreto que organizaron la vida de las personas a través del concepto de ciudad dentro de la ciudad, dando vida a la obra urbana más ambiciosa de la historia de México, Ciudad Tlatelolco, que fue su nombre comercial, pero oficialmente fue bautizada como Conjunto Urbano Adolfo López Mateos e inaugurada en 1964. Una ciudad que lo tenía todo, un paraíso moderno lleno de funcionalismo y diseño. El 2 de octubre de 1968 la utopía de la modernidad fue escenario del crimen más atroz del siglo XX y un punto de inflexión en la historia. El 19 de septiembre de 1985 el suelo se volvió a cimbra y la muerte se hizo presente de nuevo. Hoy Tlatelolco sigue siendo una ciudad que no solo contiene habitantes en edificios verticales, sino siglos de historia. Es patrimonio artístico y arquitectónico de la ciudad de México y, para muchos, la cuna de la mexicanidad.



CIUDAD CENTRAL

Allí donde según los viejos códices un águila se posó sobre un nopal a devorar una serpiente nació la ciudad más grande del mundo, justo en el ombligo de la luna. Extendió sus límites por encima del agua y conectando caminos de tierra sobre los que se erigieron grandes y suntuosos palacios; uno tras otro engalanaban el paisaje y daban testimonio de la naturaleza imperial de esta vuestra tierra. Sus nuevas calles se llenaron de gente que cambió las Canoas por tranvías que aceleraron el paso hasta penetrar el subsuelo y correr debajo de la tierra moviendo a las masas proletarias que habían conquistado la revolución social. Sobre las calles, tendidos de cables en todas direcciones fueron las ramas donde los 400 cantos de los cenizales fueron opacados por los silbatos de vapor, las campanas pregoneras, el rugir de los autos, la salsa, la cumbia y los ritmos urbanos. En todas las esquinas había barullo, ricos y pobres hacían lo propio y circulaban en todas las direcciones como gastando, comprando, comiendo y acumulando puntos premia. El ambiente olía a grasa, caño, carne frita, y en los trenes olía a perfumes diversos. Y sus ropas eran de todos colores y sus habitantes parecían gustarse unos a otros. Así era Technochtitlan, la ciudad que lo tiene todo, que pasó de centro ceremonial de los mexicas a capital de la Nueva España, a centro administrativo del México moderno, a centro financiero y de negocios de la ciudad global.



CIUDAD SATÉLITE

Aunque fuera de los límites políticos de la CDMX, siempre ha sido considerada un "satélite" de la ciudad. Concebida también por Pani, el hacedor de ciudades, su visión era crear un suburbio al estilo del urbanismo imperante en Estados Unidos e Inglaterra: sacar a la ciudad de la ciudad y construir circuitos viales ininterrumpidos alrededor de "supermanzanas", priorizando el automóvil como elemento central del desarrollo moderno. Su planeación y traza comenzó hacia 1957 y fue un parteaguas para el modelo de urbanización del área norponiente de la ciudad durante las siguientes décadas, marcando un estilo de "hacer ciudad" que caracteriza a extensas zonas de los municipios de Atizapán y Naucalpan. El monumento que daría la bienvenida a esta ciudad del futuro fue un conjunto de torres diseñadas por Luis Barragán y Mathias Goeritz, una plegaria plástica que se eleva al cielo y que conecta a los satelucos con otros planetas.



LOS ALTOS DEL PONIENTE

Y caminaron tierra adentro, cruzaron bosques, ríos y barrancas, sembrando misiones de paz, y siguieron para en lo más alto de estas tierras honrar una ermita en nombre de la Compañía de Jesús. Donde luego habría basura y ríos de aguas negras, más adelante habría flamantes torres que, como zigurats posmodernos, llenarían de espejos y reflejos el paisaje otrora dominado por bosques y montañas, trayendo la ciencia y el progreso en forma de corporativos que coronaban esta tierra prometida de trabajo, lujos, riquezas, largas diligencias en transporte público ineficiente y un tráfico que se volvió el infierno sobre la tierra. Le llamaron Programa Parcial de Desarrollo Zedec Santa Fe y fue la cumbre de la ciudad neoliberal de fin de milenio, pero los obreros del capitalismo digital la decidieron bautizar como Ciudad Godínez.





EL VIEJO REINO DE AZCAPOTZALCO

Allí donde el Gran Tezozómoc dirigiera el imperio tepaneca llegó la modernidad rampante con los trenes y la industria que traía el progreso. Comenzaron a llegar algunas buenas familias a habitar este terruño y poco a poco fundaron colonias sobre las que levantaron mansiones. Esa acelerada modernidad pronto trajo mucha gente y se fundaron algunas ciudades, una de ellas, la más grande, bajo el nombre del sagrado corazón del Rosario. Las viejas fábricas y los trenes entraron en declive. Los caminos subterráneos conectaron nuevamente a esta tierra con otras latitudes desde la serranía de las cruces y las barrancas de las águilas hasta el Tepeyac. El viejo señorío fue llenándose de más y más casas, unas sobre las otras. El orgullo de los habitantes de esta tierra se hace sentir en su andar: son como pequeñas hormigas que suben y bajan de tranvías, trenes y camiones. Se hacen llamar chintololos y a cada uno le sobra barrio. Sus tierras abarcan desde allá donde termina Technochtitlan hasta allí donde pasan los ríos que se llevan la mugre de las fábricas.



LOS ARENALES DE ARAGÓN

Pasando la Villa todo es Aragón. Aragón es un extenso reino con pueblos, bosques, ejidos, valles, villas, plazas, prados, jardines y rinconadas. Está dividido en incontables secciones sobre una extensa planicie, y si lo miramos hacia el horizonte parece no tener fin, y todo aquello que está a los costados de la gran calzada dedicada a San Juan también es Aragón. También por este reino cruza el gran canal que desfoga las aguas de la Ciudad de México. En el reino de Aragón hay un bosque y un zoológico con exóticas especies y los habitantes se reúnen los domingos para celebrar onomásticos y hacer tertulias al aire libre. Hay casas una tras otra en largos caminos entre los que hay parques, templos y mercados. En el corazón de Aragón en lo alto de un templo se levanta una estatua de san Gabriel empuñando su trompeta. Se dice que el día que la toque a los cuatro vientos el juicio final llegará a estas tierras.

LOS REINOS DE IZTACALCO...

Los navíos cruzan de lado a lado, conectando pueblos, villas y regiones a través de las tierras de Iztacalco, en las casas de la sal. En los ribereños barrios de San Matías y Santa Anita hay un profundo olor a comida y estimulantes colores de flores adornan las fachadas de sus templos. Lejos han quedado los barcos de vapor que circulaban por Canal de la Viga repletos de viandas y música los domingos. Hoy los canales de Apatlaco, Tezontle y Santa Anita están más secos que un zacate. Los antiguos caminos del agua se han vuelto subterráneos y el vital líquido a veces escasea en la zona. Por el río Churubusco y la Piedad ahora solo circula la prisa. Hacia los linderos de estas tierras se escucha el retumbar de las percusiones y las guitarras; miles de peregrinos se dirigen a ser parte de la euforia colectiva de uno más de los espectáculos que cada noche inundan el silencio de la Magdalena Mixiuhca con las más extravagantes músicas que llegan hasta aquí desde distintas regiones del mundo, mientras que de día los atletas más destacados de la nobleza mexicana hacen suya la Ciudad Deportiva.

...E IZTAPALAPA

Es quizá la más grande de estas tierras, con más gente que ningún otro reino en su haber. Varios mercados cruzan sus calles de extremo a extremo, donde podemos encontrar el fruto del día, pulque fresco, copias fieles de lujosas prendas y mercancías llegadas de lejanos reinos de dudosa procedencia. En sus territorios se concentra, administra y distribuye el alimento que abastece a todos los otros reinos y tierras de este valle de Anáhuac, en una gran central donde abundan las carnes, frutas y embutidos más frescos. Sus dominios se extienden por encima de valles y cerros y la pasión de nuestro señor Jesucristo tiene un lugar especial en el corazón de los oriundos de estas tierras, quienes año con año rememoran el Vía Crucis. En tiempos recientes el cielo de la región fue surcado por trenes que circulan por los aires y sus tierras se han llenado de color, de verdes parques y de sonidos que mantienen a los habitantes bailando noche y día a ritmo de salsa, cumbia, reggae, high energy y rock del chido.



LOS PUEBLOS DE COYOACÁN

Acá fue donde los señores conquistadores apostaron sus casas y continuaron su travesía hasta llegar al profundo sur. Trazaron sus calles y fundaron sus barrios de manera caprichosa, creando una ciudad que se pareció a las viejas ciudades de Córdoba y Castilla, sus calles empedradas, sus templos y amplios atrios. Acá se fundaron muchos jardines y algunos camposantos. Se fundaron barrios y capillas dedicadas al santoral entero y los antiguos pueblos de los naturales se inclinaron por ceder ante las advocaciones marianas su fe y sus fiestas. Se llenó el Virreinato de Coyoacán de barrios y pueblos dedicados a los santos reyes, al niño Jesús, a las vírgenes de la Concepción, la Candelaria y del Carmen. Luego los barrios se llenaron de intelectuales, pintores, músicos y escritores, directorxs y actrices y actores de cine. Las plazas se llenaron de cafés, teatros y restaurantes y al final una gran cineteca para traer lo mejor del séptimo arte. El casco antiguo del viejo Coyoacán permanece casi intacto y beber café en sus plazas y callejones es labor obligatoria de todo bohemio y buen paseador de la ciudad.



LOS PEDREGALES DEL SUR

Hacia los linderos de Coyoacán y hasta donde la vista alcanza a atisbar, un manto de piedra volcánica se extiende por un inmenso territorio hasta las faldas del volcán Ajusco, dando la entrada al profundo sur y su paisaje lleno de montañas y caminos que se abren lugar entre el basalto que se convierte en muros y fachadas de casas y edificios que han retado a la razón y han decidido construir una ciudad sobre las cenizas de una antigua planicie inundada por el magma del volcán Xitle en tiempos inmemoriales. En esas tierras, en las que parecía que solo podían habitar aguerridas especies animales, se fundó una gran ciudad del conocimiento que de forma monumental emergió entre el basalto al grito de Goya, a la par que unos refinados vecinos impusieron el estilo moderno en lujosas mansiones en un lugar al que llamaron Jardines del Pedregal. Del otro lado del muro se cocinó otra historia. Una mañana cualquiera comenzaron a llegar enormes peregrinaciones de hombres, mujeres y niños que se asentaron en esas inhóspitas tierras con el propósito de asentarse y crear un nuevo reino. La voz se esparció y siguieron llegando sin cesar gente de lejanos pueblos que no cedieron ante las adversidades ni las intimidaciones y, con ingenio y voluntad, como en el antiguo Cuicuilco, se hicieron una ciudad desde Copilco el Alto hasta Huipulco. En la voz del pueblo quedó registro de esta histórica saga que luego llegó a los libros y a la memoria. Los estudiosos del fenómeno urbano la llaman la invasión más grande de América Latina, otros la llamaron la ciudad de la voluntad y la autoconstrucción y sus pobladores simplemente la conocen como la zona de los pedregales.



CIUDAD CHINAMPERA

Más hacia el oriente se encuentran las chinampas y trajineras que surcan las verdes aguas del antiguo lago, donde todo se llena de plantas, flores y risas. Pero después de este idílico paisaje se alcanza a mirar que hay más ciudad, allá detrás de los cerros, encima y al lado de ellos. Los chinamperos la miran con miedo y resignación, pues saben que a veces el gris cemento no se tiente el corazón para aplastar la poca flora y fauna que queda en esta que alguna vez fue la región más transparente del aire.

EL SUR PROFUNDO

Allá donde parecen terminar esas profundas calzadas comienza el paraje más bello de este gran valle, donde montañas y volcanes parecen sacudirse de encima el cemento que insiste en subir por sus colinas hasta la cúspide. Bosques se abren paso entre caminos y puentes, y lagos y canales dan testimonio de la ancestral sabiduría del pueblo originario que habitó esta extensa región lacustre. Por acá están los nosocomios, donde se lucha por salvaguardar la vida. Más profundo y en lo alto se encuentran los infranqueables guerreros en su Colegio Militar, donde han jurado con honor defender estas tierras de Masiosare y todo aquel que le acompañe.

OTRAS CIUDADES DENTRO DE LA CIUDAD

Algunos de los más grandes territorios chilangos y su paso por dos siglos

CIUDAD DEPORTIVA (1957-1968)

Tras la desecación de los canales de Santa Anita y la Vega, la antigua zona chinampera de la Magdalena Mixiuhca fue convirtiéndose en un pantanoso basurero, sintomático de una ciudad que crecía vigorosa hacia el poniente y desigual hacia el oriente. En el México de aquel entonces la comedia política se convirtió en un género ligado a las clases populares que asistían a las carpas que se instalaban en los barrios del Centro. De ahí surgió Jesús Martínez, “Palillo”, un comediante con conciencia de clase que siempre tuvo como objetivo ayudar a la chaviza de su tiempo a salir del vicio, abriendo espacios de oportunidades a través del deporte. Palillo, sin ser arquitecto ni urbanista, planeó el diseño con campos de fútbol, gimnasios, estadios y pistas de carreras e invirtió su energía y su dinero en conseguirlo. Tras sortear muchos obstáculos, logró entrevistarse con el presidente, a quien convenció de llevar a cabo el plan maestro. Por su postura política crítica, Palillo mantenía una enemistad declarada con Ernesto P. Uruchurtu, el regente del entonces D. F. La Ciudad Deportiva fue inaugurada en 1959 por el presidente, sin Palillo en el estrado a pesar de ser el autor intelectual del proyecto, pues algunos lo consideraban *non grato*. Cuentan que al finalizar la ceremonia la chaviza cargó a Palillo en hombros y entre vivas y porras lo sacó a pasear por las pistas de carreras para festejar el nacimiento de la Ciudad Deportiva. En 1968, durante el gobierno de Díaz Ordaz y el regente Corona del Rosal, expandió su infraestructura para albergar los Juegos Olímpicos y se construyó el Palacio de los Deportes.



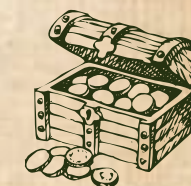
CIUDAD LÓPEZ MATEOS (1969)

Más allá de Ciudad Satélite se encuentra el municipio de Atizapán, cuya cabecera municipal fue bautizada con el nombre del presidente oriundo de aquellas tierras: don Adolfo López Mateos; múltiples obras públicas y proyectos urbanos llevan su nombre. De esta forma comenzó a regularse el crecimiento suburbano de esta región, a la que empezó a llegar la arquitectura moderna y la idea de la ciudad suburbana bajo los esquemas de la supermanzana y los circuitos viales. Don Adolfo ya tenía su propia ciudad y la fiebre de la urbanización se extendió por la zona. Unos años más adelante surgió una unidad que también se llama López Mateos, donde Mathias Goeritz diseñó un enorme muro amarillo como geosímbolo del lugar. De esta forma Atizapán se sumó a la mancha urbana y cambió su condición de pueblo o cabecera municipal a entramado urbano integrado a la gran mancha urbana que flanquea el costado poniente de la zona metropolitana del Valle de México.

FOTO MARCOS BETTAZOS

CIUDAD AZTECA (1972)

Después de 500 años los aztecas volvieron a ocupar el lago de Texcoco, pero cuando llegaron ya no había agua, así que urbanizaron. Traían la bendición del santo patrón Hank González y se extendieron teniendo como límite el lago de Texcoco. Ahí se regresa el aire; una nueva ciudad satelital comenzó a tomar forma a través del fraccionamiento y la lotificación reticular. La utopía suburbana clasemediera fundada en 1972 se desdibujó cuando comenzaron a darse las ocupaciones ilegales en algunos de los lotes baldíos. Azteca creció y logró rozar los límites de otros barrios de Ecatepec y Aragón. Los albores del nuevo milenio trajeron el Metro y conectaron Ciudad Azteca con Garibaldi. Así fue como descubrimos que en Ciudad Azteca había muchxs emos que cruzarían la ciudad para llegar a la tierra prometida de la Glorieta de Insurgentes en solo 45 minutos. Pero el nuevo milenio y la fiebre bicentenaria sembraron otras ciudades más adelante y hoy Ciudad Azteca se ha convertido en el nuevo puerto de acceso a la ciudad para lxs viajerxs que vienen de tierras más lejanas.



CIUDADES BICENTENARIO (2006-2012)

La última siembra de ciudades ocurrió hace una década, como parte de una política de vivienda implementada por el gobierno y financiada por el mercado inmobiliario. Grandes desarrollos inmobiliarios se instalaron en los municipios de Tecámac, Zumpango y Huehuetoca, en el borde norte de la Zona Metropolitana del Valle de México, como un plan de ordenamiento territorial y urbanización controlada. Las llamadas Ciudades Bicentenario, so pretexto de las fiestas de 2010, extendieron la mancha urbana en un par de años a terrenos alejados de la infraestructura urbana y los circuitos de movilidad de transporte público. El sueño de casa propia se convirtió en pesadilla para muchxs de sus nuevxs colonxs, quienes demoran hasta seis horas diarias a sus centros de trabajo, ubicados en la zona central de la CDMX o incluso más lejos, en Santa Fe. El antiguo tren volvió con nuevos bríos y los puertos de Buenavista, Ciudad Azteca y San Lázaro comenzaron a congestionarse de nuevo cuando estos y otros territorios de la franja norte se consolidaron como parte de la ciudad. La Zona Metropolitana creció en extensión, pero no en densidad. Poco a poco el paisaje de las flamantes Ciudades Bicentenario se desdibujó y dejó ver un amplio nivel de desocupación y un temprano abandono que coloca a estos territorios en una situación vulnerable ante el crimen organizado y el subdesarrollo. A los planificadores urbanos les volvió a fallar la puntería.



LA VIEJA CIUDAD DE HIERRO

Todxs recordamos la casa donde transcurrió nuestra infancia. Al pensar en ese espacio que fue nuestro hogar, seguro nos vienen a la mente la sala, el comedor, las habitaciones, el estudio, el jardín, la cochera, las celebraciones en familia... La comparación con nuestra vivienda actual puede ser odiosa pero inevitable. Más allá de la nostalgia, lo cierto es que nuestro hogar es muy distinto de lo que anhelábamos. ¿Qué cambió? En *Chilango* nos preguntamos cómo vivimos hoy en la vieja ciudad de hierro, cemento y gente que no descansa, a la que le cantó Rockdrigo González.

TEXTO Y FOTOS:
MARCOS BETANZOS

TLATELOLCO

El lejano e incipiente siglo XX. Dice la historia que la Revolución mexicana empezó el 20 de noviembre de 1910 y terminó el 5 de febrero de 1917, pero los efectos de ningún proceso histórico se limitan a las fechas oficiales. La convulsión interna de un país que se encontró sumergido entre contrastes sociales, raíces indígenas y una cultura mestiza que cimentaba a una propia concluyó, podría decirse, en los años del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), solo para encontrarse con nuevos desafíos de carácter social y económico en busca de consolidar la imagen que proyectaría hacia el mundo, aquel que ya había superado la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Gran Depresión (1929).

El cine mexicano de la Época de Oro (1936-1956) retrataba con mucha nostalgia la vida rural. En esas películas, donde predominaban los arquetipos de la masculinidad y la sumisión, se exaltaba la supuesta belleza de la vida campesina con tomas de haciendas, horizontes y cielos cargados de poesía: un vacío infinito que se colmaba de una enorme melancolía. La añoranza de la vida en el campo se engrandecía idílicamente mientras la modernidad desconocida tocaba la puerta con urgencia.

La realidad en el mundo tenía ya otra sintonía: en 1936, Charles Chaplin estrenaba *Tiempos modernos*, Tito Guízar y Esther Fernández protagonizaban *Allá en el rancho grande*. La vida transcurría lejos de cualquier lógica urbana, al menos en la pantalla grande. Sin embargo, a mediados de siglo llegó a los platós una ciudad que ya manifestaba sus propias tensiones, sus más profundos conflictos.

La población en el país pasó de 16.6 millones de habitantes en 1930 a 25.8 millones en 1950, de acuerdo con censos históricos federales. La Ciudad de México aumentó de 1.2 a 3.1 millones en el mismo periodo.

Todo esto son algunas de las consecuencias que dejó en el país la Segunda Guerra Mundial. Los incrementos poblacionales son reflejo de procesos migratorios hacia ciudades en plena consolidación. Aumentó también la producción de exportaciones, la industrialización, la inversión en infraestructura y el impulso del Estado a la agroindustria. Entonces, como ahora, se demandaba mano de obra barata, y con ello, viviendas para albergar a nuestros ancestros chilangos, que llegaban de Veracruz, Oaxaca, Michoacán, Hidalgo y otros estados.

Agotado, pero sobre todo obsoleto, el recurso del personaje rural cede su lugar al personaje urbano que se enfrenta a una urbe que no tolera la pobreza. Se retrata la precariedad, por ejemplo, en *Nosotros los pobres* (1948), película con Pedro Infante y Blanca Estela Pavón. Sin embargo, la perspectiva más cruda la proyecta Luis Buñuel con *Los olvidados* (1950), en la que el set de filmación es por fin la ciudad misma en su proceso de construcción. La vivienda y la vida moderna son una idea lejana, muy distante de la promesa de desarrollo económico y de las bondades de habitar la ciudad. Ambas se retratan en su intimidad para decirnos que lo urbano tiene profundas desigualdades que inician en el hogar que habitamos. Un problema, por desgracia, vigente.



TLATELOLCO



TLATELOLCO

LA VIVIENDA COMO ASUNTO URBANO

Para los arquitectos y urbanistas de mediados del siglo pasado, dónde y sobre todo cómo viviría esa mano de obra que arribaba a la ciudad desde el campo era una pregunta primordial. En 1932 el arquitecto Carlos Obregón Santacilia, autor de lo que conocemos hoy como el Monumento a la Revolución, convocó al concurso La Casa Obrera Mínima, del que resultó ganador Juan Legarreta (1902-1934), quien, junto a colegas como Juan O’Gorman, Carlos Tarditti y Enrique Yáñez, ya atendía el tema por considerarlo de relevancia para las ciudades y sus habitantes.

La propuesta de Legarreta, cargada de un compromiso ideológico y político, consideraba dos ejes principales para el desarrollo de la vivienda de los más desposeídos: dignidad del hábitat y del papel de la mujer en lo doméstico. Como tesis para graduarse como arquitecto construyó, para probar sus argumentos, un dúplex para familias obreras en la colonia Ex Hipódromo de Peralvillo. Más adelante proyectó tres conjuntos habitacionales: Aarón Sáenz (1933), Plutarco Elías Calles (1934) y la Michoacana (1936). Este último, con 205 viviendas, no pudo concluirse porque Legarreta encontró la muerte en un accidente en carretera.

Los postulados eran brindar espacios de convivencia en el hogar y en las áreas abiertas del conjunto proyectado, espacios para actividades comerciales, posibilidades de expansión, intimidad y eficiencia constructiva. Se trataba de una postura crítica, en contraposición a la inercia del gremio por diseñar los más emblemáticos edificios públicos de la ciudad o las grandes residencias en las Lomas de Chapultepec. En este tema la mirada social del arquitecto no ha cambiado mucho, hay que decirlo.

Así, mientras el suelo urbano y el acceso a la vivienda se hacían cada vez

más inaccesibles para los grupos de población más vulnerables, la Ciudad de México siguió expandiéndose incontrolablemente. La forma de habitar, de proyectar las viviendas y consecuentemente el modelo de desarrollo urbano a seguir sería sometido a nuevos cuestionamientos. Observar cómo se producía una especie de periferia era ser testigos preocupados de cómo la ciudad invisible crecía al margen de la ciudad oficial.

El caso paradigmático es lo que hasta 1963 se (re)conocería como Ciudad Nezahualcóyotl: un asentamiento informal en un terreno agreste y salitroso que solo pudo domesticarse gracias a la determinación de sus primeros pobladores. Ese lugar sin nombre fue excepcionalmente documentado en su período embrionario en los años 40 por el fotógrafo Héctor García (1923-2012), quien captó legendarias imágenes de lo inhóspito, el surgimiento de las primeras casas de lámina, mujeres que cargan en hombros botes con agua o cruces de madera con cables de luz que *coronaban* la conquista del territorio sobre los restos del lago de Texcoco.

Transitamos, como afirmó Carlos Monsiváis, “al México sin vecindades, a través de la utopía moderna de los multifamiliares”. Vivir en un edificio vertical comenzaba a ser una inquietud para todos: el urbanismo oficial intentaba domesticar nuestra forma de vida para enseñarnos a vivir juntos y a la par se formulaban ideas para consolidar *pequeñas ciudades* dentro de la ciudad, que tenían la función simbólica y territorial de definir límites, pero también de “imponer un nuevo modelo urbano, una nueva relación vecinal y un nuevo estilo de vida”, como refiere Miquel Adrià en el libro *Mario Pani. La construcción de la modernidad* (2005).

Habitar la ciudad se consideró un contundente adiós a la pobreza.



MÁQUINAS HABITABLES

Como antecedente de los más densos y conocidos proyectos de vivienda en escala urbana se encuentra la Unidad Modelo, en la alcaldía Iztapalapa, proyectada por Pani en 1940, y más tarde la unidad habitacional La Esperanza, en la colonia Narvarte, proyectada por Carlos Lazo y Antonio Serrato y concluida en 1949.

Sin embargo, fue el conjunto urbano Presidente Alemán, en la colonia Del Valle, el proyecto que resignificó por completo la vivienda en la ciudad. Se trataba de un modelo “de hacer ciudad” que integraba todos los servicios posibles para sus habitantes en el mismo lugar: biblioteca, hospital, iglesia, oficina de correos, tiendas, escuelas, guarderías, lavanderías.... La obra, concluida en 1949, demostró con éxito que se puede vivir literalmente en conjunto. En 1954, fue el escenario citadino de la película *Maldita ciudad*, de Ismael Rodríguez. Musicalizando el espíritu de la época, Tin Tan entonaba: “Será caverna moderna con luz y gas, con calefacción interna por delante y por detrás”. Nació así la ciudad multifamiliar, que rompe con todo rastro nostálgico del país revolucionario que tuvimos.

La obra mereció que se impulsara un proyecto muy emblemático en la colonia Roma: el Multifamiliar Juárez (1950), que se desplantaba en un terreno de 25 hectáreas para albergar 19 edificios de diferentes alturas sobre una planta baja pública con espacio peatonal y murales de Carlos Mérida. El sismo de 1957 pareció advertir que de esta obra no quedaría nada al llegar el de 1985.

La fórmula no había sido cuestionada fuertemente, así que en 1959 nació con el impulso del Instituto Mexicano del Seguro Social (surgido en 1943) la Unidad Independencia, en la colonia San Jerónimo Lídice, de la Magdalena Contreras, diseñada y proyectada por los arquitectos Alejandro Prieto Posadas y José María Gutiérrez Trujillo en colaboración con Pedro F. Miret. Inició su construcción en 1959 y fue inaugurada en septiembre de 1960. El proyecto integró más de 2 mil 200 unidades de vivienda, un teatro, alberca, área comercial, escuelas y arte: esculturas de Ernesto Tamariz, 80 murales de Francisco Eppens Helguera y la escultura de Hidalgo Libertador realizada por Juan O’Gorman.



Más allá de su valor arquitectónico, artístico o urbano, inherente a la visión social con la que fue proyectado, representa un punto de resistencia actual al modelo dominante de ciudad global, homogeneizada. Este proyecto es un bastión de la diversidad, de la vida colectiva, como una potente resistencia al poder del acechante mercado inmobiliario. También es posible verlo como un pulmón, un bosque para la ciudad. Observarlo a vista de pájaro, transitar entre sus pasillos, sentarse a contemplar la vida en su explanada nos obliga a recordar que esta obra fue motivo de orgullo del presidente Adolfo López Mateos, quien recibió ahí en 1962 a John F. Kennedy y años más tarde a Charles de Gaulle y al príncipe Akihito, de Japón.

A la par de la Unidad Independencia aparece el conjunto Nonoalco Tlatelolco, que marca otro nivel de complejidad al albergar más de 12 mil unidades de vivienda y más de cien edificios. Es quizá la unidad más conocida por ese manto de tragedia, autoritarismo y orgullo que envuelve su historia y sus procesos de cicatrización (desde la matanza estudiantil de 1968 hasta el derrumbe del edificio Nuevo León en los sismos de 1985). Su propuesta, audaz en lo urbano, generó cuestionamientos sobre las implicaciones de su preservación y abrió el paso a otros modelos más medidos.

Más tarde, en 1976, apareció la unidad habitacional El Rosario. Su construcción comenzó en 1972 de forma paralela al organismo que lo impulsó: el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit). Este proyecto de vivienda social toma los terrenos de

la exhacienda El Rosario. La aportación se concentraba en el esparcimiento y en la posibilidad de promover la actividad física: lagos, jardines, andadores y patios eran los articuladores de los bloques de vivienda; la vida por fin sucedía fuera de “las cuatro paredes”. La arquitectura, desarrollada por Ricardo Legorreta, continuaba con el lenguaje heredado de los proyectos urbanos que le antecedian. Construyó solo 17 mil 500 metros cuadrados en un terreno de 2 millones 375 mil metros cuadrados. Hoy, el proyecto parece desaparecer entre centros comerciales, infraestructura de transporte y nuevas construcciones de vivienda.

Tres viñetas obligadas capturan momentos importantes de chilangolandia en los 80: *El Mil Usos* al principio de la década; *¿Cómo ves?*, de Paul Leduc, que presenta una vez más la vida en la periferia, las identidades urbanas del borde a través de la música, y el rock “urbano” en 1985, Año Mundial de la Juventud.

En 1989 Jorge Fons registró los sucesos del 2 de octubre en *Rojo amanecer*, un drama que no quedó exento de la censura del salinato.

En 1990, diez historias se narran desde el interior de un departamento en la colonia Condesa: *Ciudad de ciegos*, del director Alberto Cortés, sintetiza 30 años de vida en la capital claroscuro, las fisuras del sismo de 1985, Rita Guerrero, Saúl Hernández y Eulalio Cervantes Galarza: Sax, el de la Maldita Vecindad.

La narrativa en las décadas de 1990 y 2000 osciló entre el amor y el odio de vivir en una ciudad con tráfico, con delincuencia y con una crisis que rebasaba elásticamente sus límites.

LA PROMESA DE SER VIENTO

Posicionarnos ante el mundo como una verdadera ciudad dejó cicatrices, la idea utópica de contener el proceso de expansión urbana y de crecimiento desordenado. Los sismos nos dejaron preguntas y cuestionamientos sobre las formas de construir, el tiempo reformuló el concepto estereotipado de familia (papá, mamá e hijos) para hacernos ver que ese molde desde el cual se pensaba la vida en el hogar ya evolucionó, que las necesidades hoy son otras y que, con la pandemia que estamos atravesando, tampoco somos lxs mismxs.

Esos proyectos demostraron que el arrendamiento era una gran posibilidad para habitar dos o tres casas en diferentes ubicaciones a lo largo de la vida, siguiendo los cambios de nuestra familia nuclear o nuestro trabajo. Con ello, quedó claro que, más que el tamaño, importa la flexibilidad que permite que nuestra vida se desarrolle en el tránsito de la juventud a la vejez.

Las viviendas pequeñas no necesariamente son malas, pero sí lo son los hogares distantes de las fuentes de trabajo, desconectados de la infraestructura o los servicios y dispersos entre la zona urbana (el famoso Modelo 3D). Ahí seguimos navegando, viviendo las consecuencias de un cambio de modelo económico empujado a finales del siglo que llevó a observar la vivienda como mercancía, carente de sentido humano. Concluían los años del Estado benefactor

que promovía el derecho a la vivienda de lxs trabajadorxs y las clases sociales más desprotegidas. En la década de 1990 empezaba a surgir un nuevo modelo económico y con él la promoción de créditos hipotecarios, que generaron una gran especulación en las empresas privadas, que se hacían de terrenos baratos en la periferia para ofertar viviendas carísimas e instrumentos financieros incosteables.

Livia Corona, fotógrafa residente en Nueva York, retrató en *Two Million Homes for Mexico* la realidad de lo que se veía como una vida perfecta para los más necesitados en esas viviendas que se cimentaban en la promesa del presidente Vicente Fox de construir más de dos millones de viviendas de interés social, algo que en el siguiente sexenio siguió detonando un auge inmobiliario sin precedentes.

Sin embargo, el registro oficial para los años 2014 a 2018 e incluso hasta 2020 demuestra que esas casas se fueron deshabitando hasta consolidar un parque nacional de viviendas abandonadas. De acuerdo con reportes de OXFAM México, la política de vivienda tuvo impactos sociales y urbanos inimaginables: familias enteras siguen pagando una casa que nunca más habitarán, un crédito que sigue incrementándose y una renta de una vivienda que les permita vivir al día.

La violencia habita ahora las unidades abandonadas.

Cruza el viento sin respuesta.

VIVIENDA MODELO 3D







CUPA



LA VIDA EN LAS VENTANAS

Ante fenómenos como la gentrificación, la vivienda en renta en condiciones de precariedad o los altos costos de servicios, pensamos que la pandemia tocaría el corazón de los arrendatarios, pero no fue así. El mercado sigue sus reglas. Los costos siguen incrementándose y nos orillan a vivir cada vez más lejos y cada vez peor. Vivir de forma colectiva nos hace pensar en cierta nostalgia por la vida que ahí se da. Caminar entre estas enormes unidades habitacionales es un viaje en el tiempo que nos obliga a ver que no es un modelo perfecto, que tienen sus propios desafíos. Estos proyectos se han convertido en frontera y en bordes urbanos que se desvinculan de la ciudad intentando incrementar la sensación de seguridad o la posibilidad de su conservación a través de una reja, de cámaras, de porteros que controlan los estacionamientos.

La realidad es que aprendimos a vivir juntos, pero no hemos encontrado cómo cuidar estos espacios de forma colectiva, porque no hay administración que gestione bien los recursos, ni vecino conforme con las decisiones tomadas ni puntos de acuerdo con los que todos queden contentos. Si bien estas unidades son ejemplos urbanos, son también puntos de resistencia social que enfrentan día a día, a través de un chat vecinal, la carencia de agua, la limpieza, el control de las mascotas y el mantenimiento de las zonas comunes. La dificultad de acordar la manera de conservar la casa que es de todos es el mayor desafío que tienen los chalangos al habitarla.

Y observar el filme interminable del tiempo a través de las ventanas.



LOS JUEGOS DEL HAMBRE

PEDRO REYES
IG: @PITERPUNK

El primer martini

La solicitud llegó vía mensaje de texto: “¿Crees que me puedas ayudar a conseguir dos lugares al lado de la barra? Voy a llevar a Luciana a tomarse su primer martini”. Lo firmaba un entrañable amigo perteneciente a una familia de calificados bebedores a quienes quiero con el alma. Atender a esta petición, además de un privilegio, era una obligación.

La vida está llena de primeras veces. De muchas nos percatamos, mientras que otras pasan desapercibidas, como sucede, de forma más dramática, con las últimas veces. El primer martini no le es indiferente a nadie. Sea bueno o sea malo, de ese nadie se olvida. Como el sexo, más o menos.

Casualmente, esa misma semana veía una escena de la última película de Paul Thomas Anderson, *Licorice Pizza*, en la que el personaje de Alana Kane, interpretado por Alana Haim, bebía el primer martini de su vida con el actor William Holden, actuado por Sean Penn, en una mesa del icónico Tail o’ the Cock. Después leí una entrevista de principios de año en la que Alana revelaba que, al igual que su personaje, su primer martini fue precisamente ese, en el set de *Licorice Pizza*, en su primer trabajo como actriz y al lado de Sean Penn, algo que seguramente le será difícil olvidar.

Mi primer martini lo tomé con mi hermano cuando yo tenía 16 años y él 25. Nos sentamos

en dos taburetes de terciopelo guinda en el bar del cine, cuando las salas VIP eran una rareza y no una norma. Él nada más me preguntó si lo quería con vodka o ginebra. Yo, que no tenía idea de nada, lo pedí con vodka. Recuerdo que me pareció un trago durísimo, artero, interminable. Ninguna sorpresa para alguien que apenas empezaba a beber y lo hacía con alcohol del Oxxo mezclado con juguito o refresco. Nunca me expliqué por qué había elegido un martini para ese momento en el que, además, estábamos por ver una película irrelevante y que por supuesto no recuerdo, pero mi hermano, que no tuvo bronca en pagar por dos tragos caros en copas de espantoso cristal grueso, algo tenía en mente.

Hay un antes y un después de cruzar el umbral del primer martini, por lo que la persona con quien se comparte el momento se vuelve tan trascendente como el trago en sí. A mi hermano y a mí no solo nos separan nueve años, sino varios kilómetros de distancia. Sin embargo, cada que bebo un martini —que no es con poca frecuencia— recuerdo que fue él quien me introdujo al rey de los cocteles. No sé cuándo ni dónde, pero ya volveremos a tomarnos uno. Eso seguro.

Pensaba justo en eso mientras veía a Álvaro y a Luciana, padre e hija, ser felices, cara a cara, compartiendo *dry martinis* preparados por Fanny aquella mítica noche de martes en la barra de Baltra.



REPENSEMOS EL MUNDO

GINA JARAMILLO
IG: @GINJARAMILLO

El cuerpo es cuerpo

Cuando era niña escuchaba a mis tías, vecinas y maestras hablar de las clases de aeróbics, de las dietas y de las pastillas Slim Fast para bajar de peso “sin rebote”, y me acuerdo de los comerciales que anunciaban aparatos mágicos para marcar el abdomen.

Crecí con la idea de que un cuerpo delgado era un cuerpo sano. Ahora sé que esto es una total mentira y que los trastornos alimentarios no son cosa menor.

En muchas ocasiones ejercemos y normalizamos la violencia en automático. Les aseguro que han escuchado por ahí a un adulto decir con dizque cariño “Eres gordita pero tienes una cara preciosa” o “Eres una morenita guapa”, entre otras frases que muchas veces vienen de nuestros seres queridos, como mamá, papá o algún familiar. Se vuelven parte de nuestra vida y terminamos aceptándolas y asociándolas con algo positivo, cuando en realidad dañan nuestra autoestima y dejan huellas de maltrato profundo.

Ahora que soy madre pienso que para erradicar esa práctica quizá sería bueno hacer un ejercicio de revalorización de nuestro cuerpo y evitar a toda costa transmitir a les hijes nuestras inseguridades, miedos y frustraciones, para cortar con esos patrones violentos que hemos normalizado.

De acuerdo con un estudio publicado por Lowes and Tiggemann, las niñas desarrollan el deseo de ser más delgadas a partir de los 6 años. Su insatisfacción corporal se puede predecir por la forma en que perciben que su madre se siente con su propio cuerpo. Revela, además, que los padres controlan más el comportamiento alimenticio de las niñas que de los niños. ¡Qué tristeza!

Uno de mis mayores deseos es que cada niño se sienta feliz en su propia piel. Que bailen con libertad y seguridad, que vayan a la playa con ese traje de baño azul que tanto les gusta, que entiendan que cada cuerpo es único e irrepetible. Que cada vez que miren su reflejo en el espejo abracen los cambios, los pequeños y los grandes, pero sobre todo que descubran que los convencionalismos son producto de la sociedad y que nada tienen que ver con su fortaleza, su inteligencia, su curiosidad, sus deseos y sus sueños por cumplir. Que puedan evitar ser nombrados de una forma que no les guste, les moleste o les haga sentir mal. Que la exclusión, la burla y el maltrato por el cuerpo es violencia y que podemos poner límites y ser empáticos.

Cuidemos nuestras palabras y erradiquemos esas violencias coloquiales disfrazadas de afecto. Seamos conscientes e iniciemos el cambio en nuestros hogares.



Chilango